

Los dones del Espíritu Santo (5); **El Espíritu de Sabiduría (2)**

Las tres sabidurías

La cultura cristiana nos presenta tres tipos de sabiduría: la filosófica o metafísica, la teológica y la mística.

La sabiduría lo ve todo a la luz de la causa primera y estas tres sabidurías constituyen la fuente de los juicios supremos de nuestro saber.

La sabiduría humana del filósofo se adquiere a partir de la experiencia sensible y de la reflexión personal. Es una sabiduría que se eleva por encima del mundo físico y por eso se llama metafísica. Esta mirada sublime muestra la actividad más alta de la inteligencia. Es una mirada contemplativa de todos los seres supeditados al Poder sin límites y a la atracción irresistible de “Aquel que Es”, el Dios verdadero.

Pero la fe le da al hombre dos nuevas sabidurías:

- Una **científica**, técnica, que utiliza todas las ciencias, todas las artes y todos los recursos del espíritu humano: es la sabiduría **teológica**;
- Otra que es **una sabiduría sabrosa, experimental: la sabiduría mística**, incomparablemente superior, que procede, no por conceptualización y dialéctica discursiva, como la sabiduría teológica sino por experiencia de las cosas divinas y por vía de amor: es la sabiduría de los santos.

Las dos tienen su origen en la fe ya que tanto la teología como la mística permanecen el exilio hasta que tengamos de las cosas de Dios la visión cara a cara.

Los artículos de nuestra fe constituyen los principios de la sabiduría teológica. Todo se aclara a la luz del Dios-Trinidad.

Hay una sabiduría más alta a la que se llega no por el camino científico sino por el camino del Amor. El origen de esta sabiduría mística es lo divino. Aquí las luces vienen directamente de Dios. De ahí las mil variedades de iluminaciones y mociones del Espíritu en los místicos. Todo está dominado por las libres intervenciones personales del Espíritu Santo.

El don de sabiduría se vincula con la caridad y esto se debe a la imperfección congénita de nuestra vida teologal bajo el régimen oscuro de la fe, que mantiene a Dios distante.

La caridad divina está hecha para la visión. A falta de evidencia una cierta experiencia de la dulzura de Dios, por medio de los efectos sobrenaturales de su acción en las almas constituye un sucedáneo que favorece el desarrollo de esta vida en el amor. Gran afinidad une al amor y a la fruición, perfecta o imperfecta, en beneficio de todo el ser humano. **Esta es toda la razón de ser del don de sabiduría, don de la experiencia mística, el más eficaz auxiliar del desarrollo de la caridad.**

Una sabiduría intelectual

El don de sabiduría favorece la caridad pero es al mismo tiempo un acto de la inteligencia, un acto contemplativo que facilita a la fe sus actos más elevados y sus luces más altas. Está sometido a todas las leyes del pensamiento conceptual ya que la inteligencia solo piensa por ideas, incluso cuando el amor las colorea de afectividad concreta y experimental.

Su acto esencial es el juicio por las causas supremas, bajo el impulso del Espíritu del Amor.

Dijimos que hay una sabiduría científica, otra de orden sobrenatural de la fe y una tercera que es la que “Dios revela a los pequeños” una sabiduría amorosa de orden supracientífico, por el camino del conocimiento místico, la de los santos, la del don de sabiduría.

Tiene una triple función: juzgar de todo en última instancia, ordenar todas las cosas en una armonía universal, defender el valor de todas las ciencias. **El sabio lo relaciona todo con Dios.**

Una sabiduría amorosa

¿Cuál es la naturaleza de esta sabiduría evangélica de orden místico? Es un conocimiento amoroso por connaturalidad, común a la actividad de todos los dones del Espíritu Santo pero que en el don de sabiduría alcanza su grado máximo.

Es un conocimiento instintivo, por connaturalidad, bajo la influencia dominante de un elemento afectivo que inspira y modifica la manera de conocer.

En el hombre cada potencia, cada facultad está orientada por su objeto especificador, que brota de la estructura de su ser: el ojo está hecho para ver y distinguir los colores, el oído para oír, el gusto para saborear; la inteligencia para llegar a las realidades inteligibles etc.

En el plano moral cada virtud se inclina hacia su propio fin. Este discernimiento instintivo no proviene de un razonamiento sino de un instinto espontáneo según la inclinación de su ser afectivo.

Una madre adivina los sentimientos del hijo o de su hija mejor que el psicoanalista más agudo.

Lo mismo sucede en el orden sobrenatural, en el que el cristiano es introducido en la vida íntima de Dios, por una renovación interior, una transformación radical que lo diviniza en su misma esencia y crea en él instintos o inclinaciones nuevos, por una verdadera participación física, en la naturaleza misma de Dios. La gracia le da el ser Dios, el pensar como Dios, el amar y obrar a la manera de un Dios, a semejanza del Dios hecho carne y habitante en la tierra entre nosotros. **Esta divinización hace de cada bautizado otro Cristo**, llamado a vivir según el mismo Espíritu. La trinidad es su casa. La gracia imprime en él un instinto divino. Atraído por Dios como hacia su Bien supremo queda transformado en lo más profundo de su psicología. Dios se vuelve su último fin, el centro de atracción y de polarización de todos sus movimientos amorosos.

La gracia crea en nosotros nuevas tendencias afectivas que nos inclinan hacia las Tres personas divinas como hacia el Bien connatural a nuestro ser divinizado.

Convertidos en Dios por participación, en el trasfondo sustancial de nuestra alma, somos inclinados hacia Él como hacia la Verdad de nuestra inteligencia, la Fuente de nuestra felicidad y la Bondad soberana, infinitamente amable en sí misma y la más deleitable para nuestra voluntad. Dios polariza todo el impulso de nuestra fe, esperanza y caridad.

La psicología moderna, mediante decisivas experiencias, ha puesto muy de relieve esta ley primordial de la síntesis, que rige todo el psiquismo humano.

En el dominio vital y concreto cuando está en juego nuestro propio destino, la afectividad ejerce una función dominante, que orienta nuestros juicios en el sentido de nuestros amores. Este es un hecho de la experiencia.

Tal conocimiento afectivo halla su correspondencia, al nivel más elevado del orden sobrenatural en la vida mística. Con la fe iluminada por los dones, esta inclinación afectiva se convierte en el elemento dominante y especificador de este nuevo género de conocimiento que se llama “Conocimiento por connaturalidad”. No hay conocimiento alguno sin conceptos, ni siquiera el místico. En el alma divinizada por la gracia, elevada al estado místico, cambian las perspectivas: el concepto sigue siendo el medio para alcanzar la verdad, pero bajo la transfiguradora influencia del amor. Que toma un papel predominante. El Dios de la experiencia mística es alcanzado como mi fin último, como mi Bien supremo, que actúa sobre mi voluntad con el más poderoso atractivo, el único capaz de saciar mi ansia de amor, la más fundamental. La experiencia de Dios, a través de los efectos de su presencia, le hace aparecer a mi alma como el Ser más amado, más deleitable y más beatificante.

El amor tiene como objeto propio a Dios tal cual es Él. Por esto se da un hiato insalvable entre la inadecuación de la inteligencia humana y la infinita amabilidad del Dios del Amor.

Por la inteligencia se percibe la infinita distancia que nos separa mientras la voluntad amorosa se lanza hacia Dios que es el objeto de su deleite. El objeto de conocimiento, en este caso Dios, queda penetrado totalmente de afectividad, de una misteriosa armonización y concordia entre el sujeto y su bien supremo, amado por encima de todo, atrayendo hacia sí, en un movimiento indivisible todas las energías de la persona viviente.

Connaturalidad afectiva

Este conocimiento tiene un carácter original. La voluntad es una potencia motora que actúa sobre las otras. Pero la voluntad humana enamorada de Dios, “toda pasiva” bajo la acción del Espíritu Santo y sus impulsos amorosos, asume un nuevo cometido: entra totalmente en el movimiento amoroso suscitado por el Espíritu que la lleva hacia la Santísima Trinidad para saborear su infinita dulzura. Entonces todo cambia: ella goza de Él, se siente plenamente armonizada con Él, se embriaga amorosamente de Él, de sus riquezas más íntimas, de su inagotable Bondad, de su belleza infinita.

Está tan unida a su objeto que lo siente suyo y todo el ímpetu de su persona tiende hacia Él para perderse en Él como en su supremo fin. Percibe su presencia beatificante en los efectos de dulzura y deleite que la penetran por entero, transformando todo su ser en ardiente inclinación hacia Él, de suerte que aun la misma inteligencia le queda bajo el dominio del amor. El amante se va identificando con el amado por una correspondencia de todo su ser y de todas sus tendencias afectivas, responde a sus llamadas amorosas. Dios no es, para el alma mística, un objeto indiferente y lejano, sino una Persona viva que se une a ella como su bien supremo, preferido a todas las cosas.

Esta experiencia de unión modifica profundamente al sujeto que se siente atraído en forma de un apasionamiento amoroso por su Dios.

Aún a través de las oscuridades de la fe, la voluntad se lanza hacia su Dios de Amor, “tal cual es Él” en Si mismo. Le hace experimentar al místico, por presencia de Amor, que hay más bien en Dios del que puede darnos a conocer nuestra limitada y fragmentaria inteligencia. Y este es el más allá del conocimiento, esta superación que el amor siente, lo que pasa a ser condición determinante, objetiva, bajo la forma de tendencia afectiva. **El alma mística se abisma en las profundidades de Dios, no por simple testimonio ni por simple conocimiento conceptual, sino por atracción de Amor.**

El Dios de los místicos es un Dios percibido experimentalmente. Su conocimiento no es abstracto, de meras nociones, sino penetrado de amor y transfigurado por una inclinación afectiva que le hace quietarse en Dios como en el objeto supremo de su felicidad y su deleite. Lo que hay de nuevo en este conocimiento es su dominante afectiva, elemento especificador, característico de esta ciencia amorosa.

Sabiduría contemplativa y activa

La tarea primordial del don de sabiduría es la de contemplar a Dios y tiene una dimensión especulativa y práctica. La mirada del contemplativo permanece fija en Dios abarcando las verdades eternas y las de la historia. “No sólo de pan vive el hombre”. Siente nostalgia de Dios y de las cumbres del amor, en las que el alma, configurada con Cristo, ansía asociarse a la Vida Inmutable y a la redención del mundo. Es el don contemplativo por excelencia. Juzga todas las cosas en la luz divina remontándose siempre hasta Dios. Lo ve todo a la luz del Verbo. Lo contempla todo en la claridad de la Trinidad y mediante la consulta de las razones divinas se vuelve a la vez una ciencia práctica que permea las más pequeñas decisiones de la vida. El don de sabiduría lo considera todo a la luz de la eternidad.

La sabiduría lo ve todo desde arriba como lo pide Pablo en el himno cristológico de la carta a los efesios:

“En él también vosotros, tras haber oído la Palabra de la verdad, el Evangelio de vuestra salvación, creído también en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia, para redención del Pueblo de su posesión, para alabanza de su gloria. Por eso, también yo, al tener noticia de vuestra fe en el Señor Jesús y de vuestra caridad para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros recordándoos en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os conceda espíritu de sabiduría y de revelación para conocerle perfectamente; iluminando los ojos de vuestro corazón para que conozcáis cuál es la esperanza a que habéis sido llamados por él; cuál la riqueza de la gloria otorgada por él en herencia a los santos, y cuál la soberana grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, conforme a la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos, por encima de todo Principado, Potestad, Virtud, Dominación y de todo cuanto tiene nombre no sólo en este mundo sino también en el venidero. Bajo sus pies sometió todas las cosas y le constituyó Cabeza suprema de la Iglesia, que es su Cuerpo, la Plenitud del que lo llena todo en todo”. (Ef 1,13-23)